

Tránsito Luis Calvo: la historia de vida de una “niña de la guerra”

Sandra Pérez Chaviano

–Tercer premio III–

PREFACIO

*A la memoria de mi abuela y su familia... para que permanezcan...
A la Sra. María Antonia Fernández Mayo, por todo su apoyo...*

Nunca pensé llegar a conocer a profundidad la historia de mi familia paterna. Hasta los 16 años sólo conocía de mi padre y mi abuela algunas anécdotas referidas por mi madre, las cuales eran matizadas de vez en vez por imágenes difusas venidas de algún lugar perdido en los recuerdos de mi primera infancia.

Con el divorcio de mis padres –contaba yo entonces con cuatro años y mi hermana con tres– se produjo una ruptura familiar muy fuerte, que trajo como consecuencia la incomunicación total entre ambas partes y con ella el aislamiento para nosotras de todo vestigio de figura paterna, siendo así que conocimos la noticia de la muerte de mi padre dos años después de su acontecimiento.

Luego, ya más crecida, tuve la oportunidad de visitar ciudad de La Habana en un viaje escolar, ocasión que aproveché para llenarme de valor y visitar a mi abuela luego de doce años de separación.

El reencuentro fue inolvidable. Hubo risas y llantos, fotos manchadas por los años y promesas de otros encuentros, los cuales se pudieron materializar sólo en dos ocasiones posteriores, pues ella no llamaba a mi casa por no hablar con mi madre –a la que nunca perdonó por haber abandonado a mi padre– y negativas de mi madre que nunca perdonó que mi padre y ella no se comunicaran nunca más después de la separación con mi hermana y conmigo.

No fue hasta el año pasado, estudiando ya la carrera de Periodismo en la Universidad de Las Villas, que volví a visitar a mi abuela gracias a un congreso universitario. Fue entonces que los vecinos me dieron la noticia de su muerte, acontecida un año antes, y el teléfono de una señora que poseía los pocos papeles que quedaron de su vida.

Así establecí comunicación con la señora María Antonia Fernández Mayo, en la Casa de Zamora, quien me ayudó a conocer retazos de la vida de mi abuela para mi insospechados como mi herencia zamorana, me habló de este concurso que brinda la oportunidad de que las historias de tantos emigrados no se pierdan entre el polvo vetusto del olvido y me brindó información y asesoramiento invaluable para llevar a cabo este trabajo.

A ella muchas gracias y también a cada uno de los que hacen que este concurso sea realidad, pues debido a esta investigación he podido llenar de imágenes una gran parte de mi vida que se encontraba completamente en blanco y hacerme sentir la voz viva de mi tatarabuela Valentina, mi bisabuela Graceliana y mi abuela Tania “Tatines”, como la conocían en la infancia, para que no existan “niños de la guerra” nunca más.

LA GÉNESIS DE LA FAMILIA

Corrían entonces los tiempos de la Colonia. Fue en esa época cuando comenzaron a emigrar masivamente, tanto a Cuba como a Las Filipinas, un gran número de españoles, los cuales es preciso separar en dos grupos. El primero se hallaba constituido por enviados del Gobierno como militares, empleados castrenses y civiles, negreros y aventureros de las finanzas, muchos de los cuales regresaron al cabo de los años a la Península con caudales inimaginables producto de la explotación y el negocio sucio. Tal es el caso, por ejemplo, del Capitán General del ejército español don Valeriano Weyler, duque del Rubí y encargado del mando supremo de la isla de Cuba.

En el otro grupo se juntaban los que huían de aldeas miserables, los que se resistían a convertirse en casi esclavos por una miseria, los que querían brindarle a sus hijos la esperanza de una educación prácticamente negada por los avatares de una monarquía caduca, y con ella una mejor vida, y por ello viajaban a América a ganarse unos miles de pesos y regresar así a su terruño natal.

A este último grupo pertenecían Antolín Luis García y Valentina Martín y Martínez, ambos naturales de Viñas de Aliste, aldea que se alzaba en las sierras zamoranas de Alcañices, entre riscos y senderos de cabras, justo en la frontera con Portugal, y que emigraron hacia Cuba con el fin de encontrar una respuesta a sus constantes súplicas de mejorías económicas.

Por azares del destino se instalan ambos en Cienfuegos, ciudad norteña que pertenecía a la región de Las Villas en aquel entonces, y con el paso del tiempo nace en los jóvenes una hermosa amistad que pronto devino en amor. Es así que, como buenos cristianos, a primeros del siglo XX efectúan una modesta boda que fue bendecida por el párroco de la iglesia cienfueguera de la Purísima Concepción. Del matrimonio nacen ocho hijos, siete varones (Ramón, Milton, Alfonso, Esperanto, Juan Antonio, David y Fulton), los cuales no renunciaron nunca a su nacionalidad criolla y una niña, quienes fueron criados por la pareja con gran esfuerzo, pero siempre con un ejemplo de honradez intachable.

Orden en el hogar, sacrificios y trabajo constante de padres e hijos dieron al fin el fruto deseado. Producto del ahorro de tantos años la familia parte a España en el año 1921, no sin antes dejar en el poblado de Cruces, Cienfuegos, a su única hija, María Luis Martín, que había contraído matrimonio con un bien posesionado colono de la zona.

Al llegar a la Patria y luego de una pequeña estancia en la aldea natal para visitar a los parientes, decidieron establecerse definitivamente en la ciudad de Zamora, adquiriendo una casa con el número 14 de la calle Larga, más tarde denominada como Sancho IV.

“LOS CUBANOS” LLAMAN LA ATENCIÓN

El trabajo constante que permitiera mantener e incrementar el capitalito reunido en la emigración caracterizó a la familia Luis Martín, apodada por los coterráneos como “Los Cubanos”. No era Antolín Luis hombre de cotilleos en el Casino ni amoríos frugales, y fue su espíritu emprendedor seducido por las constantes peticiones de sus siete hijos para montar un negocio de mecánica donde todos pudieran ayudar, pues no estaba bien que ellos, en plena juventud, se dedicaran a holgazanear por las calles.

Fue así como el jefe de familia funda poco después una línea de autobuses denominada “La Flecha”, la cual realizaba el servicio de viajeros y mercancías desde Zamora hasta las cabezas de partido de Villalpando y Benavente. El padre atendía todo lo referente a administración y los hijos conducían los coches y realizaban el mantenimiento de los mismos en el taller.

Debido a la seriedad con que efectuaban el trabajo y a sus atenciones, siempre volcadas a la comodidad y satisfacción de los pasajeros, se granjearon pronto el aprecio de los pobladores del lugar, siendo este afecto más fuerte entre los simples trabajadores, quienes admiraban a aquellos muchachos que, pese a ser hijos de un patrono, respetuosos con las Leyes Sociales del país, solicitaron y obtuvieron su ingreso como simples afiliados en los organismos obreros.

Dentro de este sector se les respetaba enormemente por su sana democracia, disciplina y acatamiento de las normas laborales. Esto se debía, sobre todo, al convencimiento que poseían acerca de la necesidad de cooperación entre todos los factores para poder salir adelante satisfactoriamente, por lo que se propusieron nunca explotar a sus subordinados.

Todos estos factores detonaron en una desfavorable opinión sobre la familia, esencialmente hacia el patriarca de la misma, por parte de la patronal, debido sobre todas las cosas a su condición de socio que se oponía sistemáticamente a todo intento de merma en los derechos de los trabajadores y daba su voto electoral a las candidaturas liberales.

Sus hijos, por otra parte, tampoco eran bien vistos en determinados sectores burgueses por sus afinidades "exageradas" con obreros, y por ser afiliados del Casino de los Artesanos de la ciudad, siendo también agravante de lo antes expuesto el hecho de ser ciudadanos cubanos; aspectos estos que conllevaron a que se viesen envueltos en poco tiempo dentro de una atmósfera de hostilidad y envidias.

Con el paso de los años el negocio prosperó grandemente, deviniendo en un enorme taller de venta y reparación de automóviles. Como si Antolín hubiese esperado ver que la prosperidad minaba de buenos presagios el futuro de su familia y conocer proclamada la República en su tierra, rindió su tributo a la muerte con su último voto por la democracia en los primeros meses de 1932.

Aunque el dolor marcó profundamente a todos sus seres queridos, el negocio no se resintió, creciendo el bienestar familiar, que se incrementó también en número al contraer matrimonio el mayor de los hijos, Ramón, con una joven trabajadora y callada, llamada Graceliana Calvo, natural de Benavente; unión que dio pronto frutos al nacer, el 27 de mayo de 1934 una niña, mi abuela, quien fue bautizada como Tránsito Luis Calvo.

COMIENZA LA TRAGEDIA...

Con el nacimiento de la pequeña Tránsito la alegría pintó sonrisas en los miembros de la familia Luis Martín, felicidad ésta que resultó ser muy efímera, pues los falangistas zamoranos tenían no solamente fichados a los simpatizantes que habían votado por el Frente Popular en las elecciones que dieron lugar al gobierno de Azaña¹, sino también a los que se negaron a enrolarse en sus filas de asesinos a sueldo.

¹ Azaña no era en ese momento presidente de gobierno, sino presidente de la República Española. (N.E.)

Fue así como en la mañana del 19 de julio de 1936 los militares y la Guardia Civil se lanzaron a las calles, y en las primeras horas de la noche se amontonaban en la Cárcel un sinnúmero de obreros y de ciudadanos que se habían afiliado a los partidos republicanos moderados. Sin dudas fue ese un día funesto. Los cuadros sindicales fueron barridos, los concejales del Ayuntamiento acribillados a tiros en la carretera de Benavente... la ciudad aterrorizada.

El primer integrante de la familia de “Los Cubanos” en ser capturado por las turbas falangistas fue Graceliana Calvo, la esposa de Ramón y madre de la niña, quien resultó atropellada en la Plaza del Ayuntamiento, y sin respetársele su estado –contaba ya con ocho meses y medio de embarazo–, la subieron a culatazos a una camioneta abarrotada de hombres que habían sido apresados con anterioridad.

Con la llegada del nuevo día en las viviendas zamoranas reinaba el terror, producto de los acontecimientos nocturnos, plagados de descargas y pistoletazos. Temblaba también por sus hijos la matriarca familiar, Valentina Martín, quien temía que al igual que su pobre nuera, sus hijos fueran detenidos e incommunicados. Aquella misma tarde David Luis Martín fue recluido en un baile del pueblo de Santa Marta, a donde iba con asiduidad para visitar a su novia.

Más no terminó ahí la pesadilla. El día 23, cerca de las 11 de la mañana, Valentina pidió a su hijo Juan Antonio que le reparase la bombilla del comedor, y en ese mismo instante irrumpieron en la habitación siete desconocidos con uniformes de la Falange. A gritos lo instaron a levantar las manos y a empujones lo sacaron de la casa. La madre, con su nieta de dos años en los brazos, siguió a la cuadrilla hasta la prisión, a donde posteriormente llevó comida y ropa para sus dos hijos y su nuera.

Los falangistas, ya organizados, no descansaron ni un instante en la cárcel de “Los Cubanos”. Al atardecer del 24, luego de regresar de llevar el servicio de Correos al pueblo San Martín del Pedroso, fronterizo con Portugal y perteneciente al partido de Alcañices, es detenido en la Puerta de la Feria, junto con un surtidor de gasolina, Alfonso Luis Martín.

Al ver, asustados, que tres de los hermanos ya habían sido apresados, los restantes se desparraman por la ciudad buscando refugios seguros. No obstante a ello cogen a Fulton el día 28, al salir de una casa en el barrio de San Lázaro. El 29 es Esperanto el sorprendido en las inmediaciones del lugar de Villarrín de Campos, cuando intentaba alcanzar la ruta de Asturias.

Se enfurecen entonces los falangistas zamoranos. A los dos jóvenes restantes, Ramón y Milton parecía como si los hubiese tragado la tierra. Ninguna persona del lugar podía dar señas sobre el paradero de los fugitivos. Ramón, esposo de Graceliana y padre de la niña Tránsito, no es más que una sombra en la ciudad que se esfuma misteriosamente por las callejuelas oscuras y Milton

logra alcanzar las tierras extremeñas y más tarde las abruptas veredas de Sierra Morena donde, al cabo de dos años de vagar por los montes, es capturado en los riscos de Aracena y enrolado en batallones de trabajo y campos de concentración, hasta que, encontrándose en Melilla en el año 1942, la autoridades diplomáticas cubanas logran su libertad y posterior repatriación a Cuba.

LA MUERTE ACECHA

Mientras tanto, la anciana Valentina se encontraba desesperada. Al ser saqueado e intervenido por la Falange el taller del que era propietaria, se hallaba sin ningún tipo de recurso para ayudar a su familia y alimentar a la niña de dos años que había quedado bajo su custodia y lloraba desesperada por la ausencia de su madre.

Por otro lado, parecía que los falangistas se habían propuesto volverla loca. Cada día llegaba arrastrándose a la puerta de la prisión y recibía allí una nueva inquietud. Mientras detienen a unos se llevan a otros para preparar sus asesinatos. El 25 de julio se llevan de madrugada a Juan Antonio con otros inocentes a la cárcel de Toro. El 28 sale hacia el mismo lugar Esperanto, no sin antes dejar de recibir a medio camino, en la carretera, una paliza tan enorme que ingresa en el reclusorio chorreando sangre por la boca, medio muerto de tanto golpe.

La madre, angustiada y desfallecida, acude a los jefes falangistas para reclamar la libertad de sus hijos, quienes además de ser inocentes de todo cargo, están protegidos por su nacionalidad cubana. La respuesta que le escupieron en la cara luego de tanta súplica fue que Cuba era considerada por ellos como un robo a España que pronto se recuperaría con la ayuda de los alemanes liderados por Hitler... y le dieron la espalda en medio de carcajadas.

De esta manera transcurrían los días en Zamora. La ciudad, que se caracterizó siempre por el derechismo y la intransigencia más completa, no abría la boca para emitir la más mínima señal de protesta contra la traición franquista y la avalancha de tortura y muerte que trajo consigo, efectuándose en un plazo de tres meses más de mil asesinatos entre los vecinos del término y los pueblos inmediatos. Sólo del personal obrero de los Saltos del Duero² fueron ejecutados 511 trabajadores en los barrancos de las inmediaciones.

No fue hasta el 2 de agosto que asesinaron al primero de los hermanos, Esperanto. Tirado en un calabozo, sobre un montón de paja podrida por los

² La autora se refiere a la presa de Ricobayo, en la provincia de Zamora, única construida antes de la Guerra Civil. Actualmente este proyecto hidroeléctrico cuenta con 9 presas, tres de ellas de titularidad portuguesa. (N.E.)

desechos corporales de cientos de prisioneros condenados a muerte que le antecedieron, se la pasó arrojando sangre por la boca desde el 28 de julio hasta la madrugada de ese día, en que unos falangistas nombrados Germán Martín “*El Rubio*”, Inocencio “*Boca de Túnel*” y un oficial de Correos apellidado Mariscal, todos de Zamora, le sacaron en unión de Andrés Espinosa y de un súbdito argentino, Bernardo García Gaita.

Cuando llegaron a la puerta del Cementerio de Toro, a la luz de los faros del automóvil y al pie de las fosas ya preparadas los acribillaron a tiro de pistolas. Sintióse herido en el pecho y el vientre, aún tuvo fuerzas para recorrer cerca de cien metros entre el laberinto de un encinar de las cercanías. Cayó moribundo en ese punto y los asesinos le arrastraron por los pies hasta arrojarlo, todavía con vida, en la sepultura y lo enterraron, indiferentes, entre los chillidos moribundos que pugnaban por su vida.

Según el sepulturero que presenció la escena, quien no se recuperó de los nervios en más o menos un año, unos liberales estamparon con un cuchillo los nombres de las víctimas en las tres encinas que miran a la puerta de la mansión rural de los que se van del mundo. Estos fueron los primeros de cientos de asesinatos que se cometieron en tierra santa³.

Le siguió a Esperanto su hermano Alfonso, que fue llevado en la madrugada del 7 de agosto a Monte de la Reina, tierra de pastos y madriguera de caza mayor a espaldas del lugar de Fresno de la Ribera, exactamente a medio camino entre Toro y Zamora. Con él iban, también esposados, el hermano de su cuñada Graceliana, Mauricio Calvo –detenido por llevarle a la cárcel un paquete de cigarrillos con dos panaderos, Pascual Platón y Antonio Iglesias, este último atado por haberse vuelto loco a consecuencia de la certidumbre de su próxima muerte. Según las declaraciones de Valentina Martín a la revista cubana *Bohemia* en la década del 40 del siglo pasado, fuente en la que se basa toda esta parte de la historia de la familia, al emigrar de España con su nieta en 1942, aún no conocía los nombres de los asesinos de este hijo, pero sí consiguió saber que tanto él como sus compañeros de penurias, fueron despeñados hasta el río luego de ser asesinados a tiros en las nuca, cuyas aguas arrastraron los cadáveres para siempre.

Para “despachar”, como denominaban en su argot los matones a los homicidios, a David Luis en la madrugada del 19 de agosto, se reunieron cinco guardias civiles y los conocidos en aquel entonces como Sebastián “*El Farmacéutico*”, así motado⁴ por su antigua posesión de una botica que liquidó con prostitutas y borracheras amenizadas con su oficio de *croupier* de juegos de

³ Por camposanto, cementerio. (N.E.)

⁴ Se refiere a mote o sobrenombre; léase llamado. (N.E.)

ventaja, y Segundo Vilorio, abogado domiciliado en la calle de San Torcuato esquina a la de Benavente, que según su propia confesión y testimonios de testigos presenciales, tenía en su conciencia más de 300 asesinatos decretados por la Falange. A este joven le obligaron al pie de su fosa ya abierta por el sepulturero del cementerio de Zamora, donde se perpetró el crimen, a beber petróleo y masticar excrementos humanos. Luego lo ultimaron con nueve tiros que le destrozaron la cabeza. Allí fue enterrado por el guardador del recinto, que cinco días más tarde y alegando una enfermedad, dimitió de su cargo y se marchó a casa de unos parientes en Portugal.

Todo el día 20 estuvo Valentina sentada en las inmediaciones de la cárcel, hasta que al caer el sol la arrojaron de ahí. También había otras mujeres como ella, enloquecidas, aguardando noticias de sus hombres encerrados, todas temiendo lo que no podían evitar. Así que recogió su bultico y fue a casa con su nieta, sola por más de doce horas.

Con el atardecer las personas se trancaban⁵ en las casas, asegurando puertas y balcones, para no contemplar los cortejos de hombres atados, indefensos, que marchaban, atormentados por las culatas de los fusiles entre blasfemias y risotadas de sus verdugos, hacia el matadero. Unas veces los mataban en el pretil del puente de piedra sobre el Duero, otras en las rutas principales y veredas de las inmediaciones.

Lo que los falangistas llamaban “la limpieza” era cuestión de momentos: una descarga en la nuca de cada desgraciado y por sepultura las aguas de los ríos o los picos de los cuervos que en esos meses de julio y agosto nublaban los cielos zamoranos para lanzarse sobre los cuerpos ensangrentados de los ajusticiados, que se podrían en las cunetas de las carreteras o en las barracas de los caminos.

Esa misma noche un testigo le contó a la anciana que sacaron con otros veinte a su hijo Fulton. Los amontonaron como bestias en un camión de basura del Ayuntamiento, amarrados por parejas. Luego marcharon al cruce de la carretera de Zamora a Salamanca, frente a la puerta del cementerio.

Al tomar el camión una curva, casi al llegar al sitio de destino, Fulton y su compañero lograron desatarse y saltar a tierra, emprendiendo la fuga por el encinar que se hallaba frente al camposanto. Les hicieron una descarga que no alcanzó al desconocido, quien logró desertar para siempre, pero a Fulton lo hirieron en las piernas y cayó desangrándose, sin fuerzas para huir. Cuando lo alcanzaron le dieron sendos culatazos en la cabeza y le hicieron arrastrarse

⁵ Expresión zamorana que indica cerrar la puerta con seguridad, con llave, aunque en puridad significaba hacerlo con una tranca o palo grande. En este contexto, se encerraban. (N.E.)

hasta el interior del cementerio. Una vez llegando al pie de la fosa donde sería sepultado, fue obligado a patadas a ponerse de pie y, entre insultos y escupitajos le descerrajaron varios tiros, cuatro de ellos en la cara y los ojos, ya ciegos por la sangre y el polvo del camino. Aquella noche enterraron a varios hombres semivivos, como era habitual que hicieran de vez en vez.

Cuando Valentina fue al día siguiente a llevarles la comida a los tres presos que le quedaban, uno de los guardianes le devolvió la cantina⁶ de Fulton mientras le decía entre risotadas que a ese ya no le hacía falta el alimento, pues había salido para el “balneario”.

Tan sólo dos días tardó en saber que el último hijo que quedaba con vida también había pasado al otro mundo. Una mujer a la que le habían asesinado al mismo tiempo al esposo y dos hijos fue a pie desde Toro a Zamora, para contarle que Juan Antonio había sido conducido junto a un grupo de quince hombres al cementerio de Toro. Allí los falangistas trataron de enloquecerlos antes de darles muerte pinchándolos con navajas, quemándoles las orejas con cerillas, arrojándoles tabacos encendidos hasta quemarles las pestañas. Luego los acribillaron a tiros y los tiraron al río.

Desde aquel día la vida de la anciana y la niña Tránsito fue un infierno. Luego de asesinar a cinco de sus hijos y enfurecidos por no encontrar a los otros dos, la despojaron totalmente del taller, apropiándose de todo lo que con tanto sacrificio había conseguido la familia y dejándola en la más completa miseria. Era vigilada todo el tiempo para descubrir si alguien la ayudaba económicamente, pero siempre hubo vecinos que furtivamente evitaron que las dos murieran de hambre. También la obligaban a contribuir con las suscripciones de la Falange todas las semanas y a entregar donativos “voluntarios”. Aunque indignada, no podía negarse a estas demandas por temor a que las mataran a ella y a su nietecita, lo que no podía suceder: aún tenía dos hijos regados (sic) por los montes y la madre de Tránsito, “Tatines”, encarcelada sin saber por qué y en espera de un segundo hijo.

La incertidumbre por el destino de Graceliana, desgraciadamente, no demoró en materializarse en una triste realidad. Ella, como otras muchas mujeres en estado de gravidez⁷, fue ultimada por los “guardias de tricornio y alma de charol” (sic), como le llamó el poeta García Lorca a la turba falangista⁸.

⁶ Fiambrera. (N.E.)

⁷ Embarazo de la mujer. (N.E.)

⁸ La metáfora “alma de charol” figura en el “Romance de la Guardia Civil Española”, de García Lorca, publicado en 1928 en *Romancero Gitano*, siendo, en consecuencia, muy anterior a los hechos que narra la autora.

En vísperas de traer hijos al mundo fueron acribilladas a tiros entre las sombras de la noche en los cruceros de los caminos de Galicia, la esposa del Gobernador Civil de La Coruña, una sobrina del Diputado señor Manse⁹ –asesinado en Salamanca– en la puerta del Cementerio de Candelario; la esposa del Secretario del Ayuntamiento de Medina de Rioseco, la hija del Alcalde de Barbastro y más que aún se desconocen.

Zamora no quedó exenta de este tipo de barbarie. Cuenta Valentina en entrevista especial para la revista *Bohemia* que Graceliana, quien poseía en esos momentos 24 años, era una joven honrada, solo atenta a las labores domésticas y nunca en su vida nadie la escuchó mencionar una palabra referente a política. No obstante a ello, el primer día de movimiento fue encarcelada por ser la esposa de uno de “los cubanos” fugitivos.

Así se mantuvo en prisión desde el día 19 de julio hasta el 27 de septiembre, día en que los falangistas tomaron la decisión de asesinarla por su “falta de cooperación” en la captura de su marido.

A medianoche se presentó en la cárcel una cuadrilla capitaneada por el abogado Segundo Vilorio, quien además era primo segundo de Graceliana, siete pistoleros, dos parejas de la Guardia Civil y dos mujeres afiliadas a los grupos de acción de la Falange, una de ellas hija de un comerciante de ultramarinos nombrado Juan de Luis y vecino de la calle de la Rúa y la otra no era nadie más que la amante de Martín Pascual, el hombre más rico de Zamora por aquella época.

La hicieron levantarse del camastro donde dormía casi en paños menores y le ordenaron salir de la celda. Al ver que sólo se trataba de una prisionera, una de las mujeres protestó, pues pensaba que había sido una terrible injusticia hacerlos venir a esas horas para “tan poca acción”. Por ello, el abogado comenzó a buscar otra víctima que le sirviera de “dama de compañía”. Se decidió por una muchacha que había sido detenida tres días antes. Era una maestra de 21 años llamada Engracia del Río y natural de Aspariegos. Esta no pensó en resistirse pues sabía, como todo el mundo, que era imposible mostrar cualquier signo de rebeldía sin ser ejecutada al instante.

Salió el cortejo hacia el cementerio, a donde llegaron en auto en diez minutos. En la misma puerta del camposanto uno de los pistoleros arrastró por el pelo a la maestra y poniéndola de espaldas al muro le descerrajó cinco tiros en la nuca. Otro de los del grupo se dispuso a hacer lo mismo con Graceliana, pero esta le empezó a pedir clemencia en nombre de su madre y de su condición de cristiana, lo cual hizo que el hombre se negara a acabar con ella. En

⁹ La autora se refiere a José Andrés y Manso, líder socialista salmantino. (N.E.)

vistas de ello el abogado se enfureció sobremanera. Ofendiendo al soldado por su cobardía llevó a golpe limpio a la embarazada hasta el cadáver de la muchacha asesinada y, a la vez que le daba tres tiros, gritaba que a él no le temblaba la mano ni tratándose de una parienta.

Cayó Graceliana al suelo, pero cuando estaban por abandonar el lugar uno de los tiradores se percató de que aún se movía el estómago crecido de la mujer. Ante esto una de las mujeres exclamó que seguro se trataba del “lobezno” que llevaba en el vientre, pujando por salir, pero que ella iba a librar al mundo de tan desagradable visita. Dicho y hecho, se acercó al cuerpo agonizante y disparó tres tiros más, esta vez en la barriga. Luego se alejaron entre bromas y carcajadas, dejando el cadáver inerte sobre un charco de sangre. Tania siempre conservó la única fotografía que le quedó de su madre. En ella, pese al deterioro, aún se puede distinguir a Graceliana Calvo, antes de ser asesinada, con su hija pequeña en brazos. Este fue un incidente que marcó, pese a su temprana edad, un sello característico de tristeza constante y depresión para toda su vida.

En entrevista realizada el 18 de abril de 2004 por el periódico *La Opinión*, durante su segundo viaje a España, declaró:

“Me acuerdo de la escuelita, la nieve cayendo, de que yo iba a escondidas a la iglesia porque mi papá logró salvarse, porque se escapó y por eso fusilaron a mi madre... Tanto le preguntaban y la asediaban, pero ella no sabía y por eso la fusilaron con ocho meses y medio de embarazo”.

Esta horrorosa parte de la historia de mi familia, vivida por mi abuela en sus primeros años de edad, tuvo desgraciadamente una cantidad enorme de protagonistas: aunque no existen datos exactos del número de personas que fueron fusiladas en la provincia durante la Guerra Civil y en los primeros años del franquismo, diversos estudios muestran cifras dispares, que oscilan entre los tres mil y los diez mil ajusticiados.

EL ÉXODO

Luego del cruel asesinato de la madre de Tatines, Valentina se sentía desesperada. Estaba sola en la ciudad con su pequeña nieta, sin saber cómo iban a comer al día siguiente y temblando por la suerte de los dos hijos fugitivos, uno de ellos el padre de la niña. Cada día la Falange se presentaba en la casa y efectuaba un registro, con la esperanza de encontrar a los ausentes, aprovechando la ocasión para atemorizar a la anciana al augurar la próxima muerte de éstos. No sólo ellas sufrieron la cacería de Ramón y Milton. La hermana

de Antolín, su difunto esposo, y su hija, fueron asesinadas por sospechar la Falange que habían encubierto en cierta ocasión a los hermanos; corriendo el mismo destino la madre y la novia de Esperanto, uno de sus hijos ultimados. Vecinos y amigos comenzaron a temer por sus vidas, y ninguno se atrevió entonces a hablarles ni visitarlas. Pasaron así semanas de desesperación: no existían para ellas palabras de consuelo ni ayudas económicas; hasta que María, la hija que había dejado casada en Cruces, Cuba, se enteró de la grave situación familiar y comenzó a enviar dinero y realizar gestiones para devolverle la tranquilidad a su decaída familia.

Un día recibe Valentina una carta de su hijo Ramón, que había estado siete meses escondido en los alrededores de Zamora, pidiéndole que se mudara sin pérdida de tiempo a una casa situada en la calle Arenal, en el barrio Olivares. Ya en esta vivienda recibe una madrugada la visita de su hijo, quien en pocas horas levantó un falso tabique sobre una pared con fondo disimulado, cuya entrada quedaba totalmente camuflada debajo de la cama. En ese pequeño escondite pasó Ramón cerca de cuatro años, saliendo sólo en contadas ocasiones, siempre disfrazado de mujer. Cuenta mi abuela que ella no conoció verdaderamente a su padre hasta después de estar viviendo en Cuba con su tía, pues todos esos años de la infancia ella conoció a una señora que “las visitaba” llamada Josefa, nombre que adoptó su padre para acompañar el disfraz: “Recuerdo que nos venía a visitar una mujer. Yo pensaba que era muy fea porque se le notaba la barba, pero a mí me decían que era una mujer y que se llamaba Josefa”, declaró años después: “Mi abuela me dijo cuando bajamos del barco que nos llevó hasta Cuba: mira ése es tu padre; y yo le dije que no, que aquella era Josefa”.

Sobra decir que en este período de tiempo tuvo que aprender prematuramente a dejar de ser niña, pues la sucesión de privaciones, amenazas, persecución y sustos por el incierto futuro que les deparaba el próximo día, la hicieron olvidarse de muñecas y juegos para ocuparse de ser cautelosa, pues un paso en falso podía costarles la vida.

En esos cuarenta y ocho meses fueron interminables las visitas falangistas a la vivienda, pero nunca encontraron ningún indicio de otra presencia ajena a la anciana y la niña, que juntas afrontaron el peligro con valentía. “Mi padre fue a comprarme un par de zapatos a Madrid”, era la respuesta de la pequeña ante las inquisitivas preguntas que se sucedían tras cada encuentro con los asesinos.

Por fin logró Valentina que Ramón se fugara a Portugal en el mes de febrero de 1940. Al llegar a la ciudad de Oporto es encarcelado por la policía y presto a ser repatriado a España. El día antes de este acontecimiento llegó a las autoridades portuguesas una reclamación del cónsul cubano solicitando al

prisionero por su calidad de ciudadano cubano, por lo que fue enviado definitivamente a La Habana en abril.

Al enterarse Valentina que su hijo estaba a salvo en Cruces con su hermana y su hermano Milton, no pudo hacer más que dejarse llevar por una alegría infinita: su nieta Tránsito era ya huérfana de madre, pero por lo menos podría algún día reunirse con su padre en la cálida isla caribeña que sería su destino final.

De esta manera comenzaron los preparativos de María en Cuba para lograr unificar en su casa a su madre y su sobrina. Por medio de varias influencias de su marido logra que les sean otorgados los permisos para viajar al territorio insular, lo cual se materializa el 14 de noviembre de 1942, cuando salen del puerto de Vigo a bordo del trasatlántico Marqués de Comillas. Tenía Tránsito en ese momento 8 años de edad.

Pero no todo fue color de rosas. Antes de partir en el barco ocurrió un episodio desgarrador que ni el paso de los años pudo borrar de los recuerdos de Tatines: sin ningún rastro de compasión por su corta edad, un grupo de soldados portugueses la violó terriblemente, casi hasta dejarla inconsciente, siendo los pasajes que con más claridad le venían a la mente ya en su adultez el horroroso dolor, las voces jocosas de los hombres que hablaban en un idioma para ella desconocido, y las tiernas manos de su abuela limpiándole la sangre con lágrimas en los ojos cuando todo había pasado.

TANIA EN CUBA

Ya en Cuba se instalan en el municipio de Cruces, provincia de Cienfuegos, donde vivía la hija mayor de Valentina, María, con su familia, y donde les aguardaban ya Milton y Ramón, su padre; luego de haberse inscrito en el registro civil de Quiebra Hacha como nacidas en Cuba, por temor a que le siguieran el rastro a la familia.

Su abuela, aunque ya tranquila y fuera de peligro, no se pudo recuperar del sufrimiento vivido, que le había infligido una herida de por vida. Cuenta la nieta de María, Esther, que aún vive en la ciudad de Santa Clara, que su bisabuela era muy buena, pero que siempre estaba calladita, con la mirada fija en el infinito y una tristeza indescriptible nadándole en los ojos.

Luego de conocer la trágica historia de la familia Luis Martín, periodistas de la revista *Bohemia* se dirigieron a la vivienda, donde realizaron una entrevista a los sobrevivientes, la cual fue publicada en la misma en el año 1943. Un fragmento de la misma, que puede señalar en pocas líneas el deterioro espiritual causado en esta familia, reza:

“...¡Oh, la Falange!... ¡Esa sí que es una maravillosa organización de “personas honradas”! ¡Falangismo es sinónimo de orden, legalidad y respeto! Cada falangista es un centinela del decoro del patriotismo y la decencia. Pues bien, para que puedas abofetear a quienes te engañaron o les escupas tu desprecio, busca por estas calles habaneras la diminuta silueta de una viejecita que atiende al nombre de Valentina Martín, que con el fardo a cuestas de sus setenta inviernos, turbios los ojos por su constante llorar y muerto el corazón por tanta pesadumbre, que te hará el relato de cómo la Falange Española asesinó en mes y medio a cinco de sus hijos, honrados, laboriosos y honestos, que cayeron en las barracas o en la puerta de los cementerios en tierra zamorana, durante noches de maldición e ignominia...”

Mientras, Tania pasó allí años memorables de su vida en compañía de su familia cubana, que la acogió como a una propia hija. Rememoró luego, recordando aquellos primeros tiempos en la isla: “Me quedé muda por una buena razón: cada vez que hablaba se reían de mí, por lo que les dije que no decía nada más hasta que no aprendiera a hablar en cubano”.

En Cruces realizó sus primeros estudios, siendo catalogada por su prima segunda como una niña extraordinariamente inteligente y aplicada, muy bonita y callada, siempre y cuando no estuviese cantando, actividad que le gustó mucho hasta su muerte. Aunque a veces se mostraba participativa y alegre, generalmente su carácter era apático y reservado, por lo que resultaba muy común encontrarla retraída en sus libros, con la mirada vagando más allá de las páginas y suspiros entrecortados rompiendo el silencio. Luego de terminar el bachillerato, se matricula en la Escuela de Comercio de Cienfuegos, donde se gradúa con honores. Así transcurre la vida hasta que años más tarde, luego de la muerte de Valentina, la familia decide mudarse a Las Villas, específicamente a la ciudad de Santa Clara.

Ramón, su padre, cuando logra reponerse lo mejor posible de su terrible pasado vuelve a enamorarse, por lo que contrae segundas nupcias y tiene dos hijos más. Por su parte, Tania conoce a Félix Alejandro Pérez Armenteros, un joven capitalino bastante solvente con quien contrae un feliz matrimonio, siendo el regalo de bodas de sus tíos un céntrico apartamento en la Ciudad de La Habana, hacia donde se trasladan. De esa unión nace su único hijo, Alejandro Pérez Luis, el día 24 de enero de 1957. Años más tarde el matrimonio fracasa, por lo cual Félix se traslada hacia Estados Unidos, donde vive actualmente en compañía de su segunda esposa y dos hijos. Había llegado ya el triunfo de la Revolución cubana encabezada por Fidel Castro Ruz.

Comenzó entonces para Tania su vida de mujer soltera y madre de un hijo, a quien tuvo que aprender a cuidar sola. Es en esos entonces cuando empieza a beber, afición esta que no pudo abandonar nunca más. Aunque la separación

la afectó seriamente por el resto de su vida consigue un trabajo de contadora, y con sacrificios y empeños logra llegar hasta el puesto de Jefa de Planificación Estadística del sector de Gastronomía y Servicios del Municipio Plaza de la Ciudad de La Habana. En su centro laboral antiguos compañeros la recuerdan como un ejemplo, ya que nunca escatimó en prestarles a sus empleados la ayuda y guía necesaria para su desempeño, como mismo años atrás habían actuado su padre y tíos en la lejana España.

Con el paso de los años su hijo se hace hombre y conoce a una joven santaclareña estudiante de Lengua y Literatura Alemana de la Universidad de La Habana, Arminda Chaviano Alemán, se enamoran y contraen matrimonio. En 1984 le nace a la pareja su primera hija, Sandra y un año más tarde la segunda, a quien nombran Grettel. Luego de la llegada de las niñas la situación comienza a degradarse. Alejandro, que trabajaba en un centro nocturno como operador de audio empieza a beber en exceso y el ambiente familiar se caldea cada día más. Como resultado de ello mi madre decide irse a vivir con su familia en Santa Clara, a lo cual mi padre se niega, causa que provoca la ruptura total de las relaciones entre ellos. Fue esa la última vez que supimos de él hasta dos años después de su muerte.

Mi abuela y mi padre se quedan en Ciudad de La Habana, donde Tania sigue trabajando, hasta que en 1989, con 55 años de edad, se retira, aunque estaba todavía en plenas condiciones para desenvolverse. La separación definitiva del centro laboral la resiente sobremanera, pues dado a su carácter tendiente a la depresión, el no tener una ocupación constante a la cual dedicar gran parte de su tiempo, la hacía sentirse angustiada y en ocasiones colérica, pues no le daba más opción que sumirse en sus recuerdos y problemas. A partir de ese momento comienza a trabajar en lo que aparece para ganarse la vida, hasta que un día aciago del año 1993 su hijo muere en el hospital Calixto García, producto de un accidente. Este suceso marcó su vida profundamente, pues fue un golpe que nunca más pudo superar.

¡REGRESA TANIA, LA NIÑA DE LA GUERRA!

No es hasta 1997 que no recupera en cierta medida su alegría, cuando conoce y posteriormente forma parte de la Casa de Zamora, donde pudo integrar el grupo de emigrantes que participarían en la Operación Añoranza.

Cuenta la señora María Antonia Fernández Mayo, en testimonio que muy gentilmente ofreció para este trabajo sobre aquellos hechos; lo siguiente:

“Cuando la conocí se presentó como Tania; fue una noche en mi casa en el año 1997. Ella había oído hablar a una vecina suya que existía una Colonia de Zamoranos en Cuba y Tania era zamorana. Llegó llorando y con mucha dificul-

tad y sobre todo, evidenciando un gran temblor en las manos. Nos contó de su desafortunada vida en España y luego en Cuba. No fue feliz allá ni aquí tampoco. Entre lágrimas nos narró como había quedado huérfana de madre en España y cómo luego aquí había perdido a su abuela con la que vino a Cuba, después a su padre, y finalmente a su único hijo”.

Ese día convencimos a Tania que había aún una oportunidad para ella en la vida, que había encontrado una nueva familia, la familia zamorana en Cuba. Que haríamos por ella todo lo que nuestros pobres recursos nos permitieran, pero que de momento le podíamos prometer que si ella estaba dispuesta volvería a España, a Zamora, en un grupo de Añoranza que se estaba organizando para viajar en los próximos meses. Primero nos dijo que no; que no podría porque ella estaba muy enferma, que su salud no se lo permitiría.

En sus temblorosas manos traía unos viejos pliegos de la *Bohemia*; una revista cubana que se publica en Cuba desde hace 94 años y que antes de 1959 hacía unas crónicas muy interesantes. Sentíamos curiosidad por ver aquellos papeles ignorando cuánta tristeza contenían los mismos; trataban sobre la historia de una de las tantas víctimas de la Guerra Civil española. Le pedimos que nos dejara leerlos y luego enviar sus datos a Zamora y que en breve nos comunicaríamos con ella para irle dando los pormenores del futuro viaje.

En pocos días la hicimos socia de la Colonia Zamorana, en el año 1997; les contamos a todos en breve síntesis, la vida de Tania, y que teníamos en nuestro colectivo una víctima de la guerra, una “niña de la guerra”, una víctima del olvido más que otra cosa. En Zamora recibieron con sorpresa nuestra información y sobre todo con ansiedad; el anhelo en ese momento era que Tania pudiera reencontrarse con su familia después de tantos años; así los amigos en España se dieron a la tarea de localizar desde entonces la añorada familia.

A partir de ese día Tania se incorporó a la vida social de la Colonia y comenzó a ser oficialmente Tránsito Luis Calvo; *Tania* era su nombre cubano ya que Tránsito es muy poco común aquí. Nos dimos cuenta de que era muy infeliz, que tiene recuerdos muy duros y vive con ellos y por eso tomaba¹⁰, para olvidarlos. En los primeros años de incorporación a la Colonia, asistía con mucha frecuencia y cuando venían las delegaciones de Zamora siempre fue distinguida entre todos y se le hicieron muchos homenajes y entrevistas.

¿Cómo vivía Tania? En un tercer piso de una vieja casa en la zona del Vedado en la capital, en un pequeño cuarto destartado y sin baño, que compartía con otras personas. ¿Con quién vivía?, sola... muy sola y ya no trabajaba; se jubiló hace años y en la época que vino por primera vez a casa limpiaba pisos

¹⁰ Bebía. (N.E.)

en una oficina. En ese momento ya no tenía esposo y había perdido a su hijo. Su hijo había muerto en circunstancias muy extrañas que ni ella misma puede explicar. Este acontecimiento completó de forma trágica la vida de esta mujer que tanto había sufrido desde que era una niña.

Cuando llegó el ansiado viaje a España, yo tuve la oportunidad de hacerlo junto a Tania. Ella estaba muy entusiasmada aunque temerosa; sobre todo temía no encontrar a su familia en Zamora. Era de las cosas que más ansiaba, ver a la familia de su madre y la de sus abuelos paternos. Temía no encontrar los lugares en los que había vivido. Recuerdo que no tenía ropa para hacer aquel viaje, ni siquiera zapatos, y hacía poco nos había llegado un donativo desde Zamora, y con eso se vistió y calzó y así nos fuimos a España un día de noviembre del año 1997.

El viaje en avión fue para ella una gran experiencia, era el primero y todo le resultaba novedoso y entretenido. Recuerdo que le gustó mucho la comida y que pidió vino en la cena. Yo diría que empezó a aflorar el buen carácter en ella, y en nosotros la certeza de que Tania era una mujer instruida pero muy desgraciada. Viajaba junto a un grupo de ancianos, zamoranos igual que ella, que hacía más de 60 años habían salido por primera vez de España y no habían vuelto. Cuando llegó a Madrid estaba nerviosa, pero perfectamente integrada al grupo y contenta.

En Zamora, al igual que los otros viajeros, se asombró muchísimo de la iluminación de la ciudad, era algo deslumbrante para ellos que nunca habían viajado a otro país luego de su salida de España a principios del siglo XX. No salían del asombro. Ya estaba próxima la Diputación de Zamora y se había dicho por el guía español que allí estarían todos los familiares esperándolos, porque los nombres de ellos habían sido publicados en el periódico de Zamora. Observé a muchos abrazar a sus familias, y también a Tania rezagarse al final y mirar a todas partes buscando alguien que preguntara por ella. Nadie lo hizo... Yo me acerqué y fui su compañera esa noche en la cena de recibimiento. La vi comer con apetito aunque no dejaba de llorar por la frustración. También bebió vino y los temblores se calmaban a ratos. Me dijo que el vino le gustaba mucho. Se sirvió muchas veces de todos los buenos vinos que allí encontró. En el Hotel estaba feliz, decía que era un lindo lugar y cómodo.

El día siguiente fue muy emocionante para Tania: su historia, y la noticia de que ella estaba allí se fue propagando por Zamora y muchas veces la vi contando como había perdido a su joven madre fusilada en la puerta del cementerio y también a sus tíos. Le hicieron entrevistas en la prensa y por la radio y en poco tiempo se llenaron los periódicos con las fotos de ella y otros emigrantes. De vez en cuando lamentaba con lágrimas en sus ojos que no venía nadie a preguntar por ella. La hora más feliz para Tania era la del almuerzo y la cena

porque conversaba con nosotros, pedía siempre vino y se tomaba hasta media botella en ocasiones. El señor de Zamora que los acompañaba la complacía y estaba siempre atento al gusto de Tania por el vino.

Una noche apareció en el Hotel un señor zamorano, grueso y anciano. Preguntó por *Taty*. Así supimos que Tránsito y Tania también era *Taty*. El señor era don José, un amigo de la infancia. Conoció a Tania de niña y recordaba a sus padres y a su abuela y conocía los lugares donde Tania había vivido. Fue muy emocionante para ella este encuentro y aunque no era familia, don José volvió al día siguiente y la llevó por toda la ciudad y por los lugares donde *Taty* había vivido con su abuelita, por las calles donde jugaba, por las tiendas donde compraba el pan, por el taller donde trabajó su padre. Así se convirtió en su guía, tratando de compensar la pena y la tristeza de la niña de la guerra. Él sentía que Zamora tenía una deuda con ella y que no la estaba pagando. Algunas veces me dijo: "siento tanta pena por *Taty*".

Junto a Don José conocimos la ciudad, los mercados, los callejones y el río. Preguntó en muchas casas si recordaban la familia de Tania con la esperanza de encontrar al menos la casa y que ella fuera feliz. Los días iban pasando y pronto terminaría la estancia en Zamora y regresaríamos a Cuba. Luego de una ausencia mía supe que habían ido al pueblo de la abuela paterna de Tania donde había algunas personas que conocieron la familia de *Taty*. Me contó lo amable que habían sido con ella y que había recordado muchas cosas de esa etapa.

Las entrevistas no cesaron, pero nunca se profundizaba en detalle lo que había sucedido aquel día con su madre y sus tíos. Le habían pedido a Tania que fuera discreta ya que quedaban familiares de las personas que habían tenido relación con el pasado crimen.

Un día Don José nos llevó una botella de vino para cada una y yo no estaba. La mía la guardó *Taty* en su cuarto. Cuando pasaron tres días me dijo muy risueña: "creo que no te devolveré la botella... me la he tomado por las noches". Me confesó que le gustaba beber, que un vecino la había enseñado y que le era difícil dejarlo. Era la vía utilizada por ella para evadir tantos recuerdos amargos y tanta pobreza en su vida. Así nos dedicamos a cuidarla de los excesos con el vino y la ayudábamos a comer también. Cuando le temblaban las manos no podía ni trozar¹¹ la carne.

Una noche antes de la publicada partida, en el Hotel apareció una familia preguntando por Tránsito Luis Calvo. Era la prima de la madre con sus descendientes. Solo el día antes de nuestra partida ellos vinieron y la llevaron a su casa, la invitaron a cenar y volvieron a nuestra cena de despedida. Hicieron

¹¹ Trocear. (N.E.)

muchas promesas de escribir, de atender a Tania, ayudarla en su precaria situación económica. Después que regresó a Cuba nunca más supo de ellos Tania; sí de don José, quien mientras vivió le escribió y le mandó regalos. La noche antes de irnos fue al Hotel y le llevó muchas cosas. Ya en un paseo nos había pedido que compráramos algo que nos gustara mucho. No recuerdo que escogió Tania; luego estuvimos en un bar y nos tomamos unas copas.

La despedida fue muy emocionante para Taty porque había encontrado a su familia. Regresó muy recuperada y con la ilusión de que su familia la mandaría a buscar algún día. Algunos meses vivió feliz con los recuerdos de aquellos días; luego la ausencia de noticias de aquellos fue haciendo estragos nuevamente en Tania. Nunca más se acordaron de ella.

La Colonia siempre estuvo al tanto de su vida, pero fue realmente difícil mantenerla interesada por algo. De nuevo la rutina y las penurias minaron la salud de Tania. Un día fui a verla a su cuarto y casi no podía caminar, tuve que ayudarla a bajar la escalera para que saludara a su gran amigo el español, el zamorano que la atendía en su viaje a Zamora. Estaba ebria y se había lastimado una pierna en una caída en sus días.

Esta española, zamorana legítima, víctima de la Guerra Civil española ni siquiera era ciudadana española, no tenía pensión ni como una ni como otra. La vida concentró en ella mucha desgracia desde que nació y es fácil entender por qué ha bebido y por qué le es muy difícil no hacerlo aunque se esfuerce. En esos momentos Tania tenía una nueva ilusión, y era que le concedieran la ciudadanía española. No fueron pocos los esfuerzos que hubo que desplegar para que Tania se hiciera ciudadana española. Nuevamente la Colonia Zamorana asumió casi la responsabilidad de lograr ese propósito. Tania estaba muy necesitada económicamente y era un imperativo en su vida lograrlo. Muchos colaboramos por ello.

Su vida transcurrió en la Colonia con altas y bajas y cada vez más el alcohol hacía daños irreparables. Pasó a ser una consentida nuestra y de los zamoranos que viajaban a Cuba. Ella hacía intentos de asistir a la vida de la sociedad pero le iba siendo muy difícil en las condiciones de alcoholismo en la que vivía casi perennemente.

Un día le pregunté al español que nos atendía, que si sería posible que Tania se fuera a Zamora a una residencia de la 3ª Edad y allí terminara su vida con los cuidados que merecía tan desgraciada mujer. A partir de ese momento se convirtió en una tarea de los zamoranos lograr una residencia para Tania y así en el año 2003 Tania se fue nuevamente a Zamora, a vivir en la residencia de Toro de la 3ª Edad. Fue acogida en el aquel lugar con mucho cariño y su vida cambió en lo físico y sentimental. Estaba acompañada, tenía buena ropa,

una habitación agradable... sin embargo no estaba feliz allí tampoco. Añoraba el sol, el alcohol, sus vecinos y su “tierra”, decía ella.

La visité una tarde, un domingo creo, en la Residencia. Se quejó de que la habían dejado allí y que luego nadie venía a visitarla; le expliqué que la vida no era así, que las personas que la habían dejado tenían otras ocupaciones y que sin duda en algún momento la visitarían. Me confesó que salía por las tardes al pueblo de Toro a caminar, que entraba en algún bar y se tomaba una copa, pero que nunca se embriagaba como en Cuba pues no podía regresar ebria a la residencia. Que paseaba, que iba con los empleados de la residencia a comprar pescado y otros alimentos. También se lamentaba de compartir su vida con personas que no eran normales, que ella no estaba loca y que se atormentaba de verlos y oírlos. Lo cierto es que allí Tania se recuperó físicamente, de salud, de su embriaguez constante y si hubiera tenido fuerza de voluntad hubiera vivido muchos años más.

Luego de tres meses en aquel magnífico lugar Tania pidió regresar. Cuando fue a Zamora esa vez, ya era española y tenía su pensión de emigrante. Su vida hubiera sido muy digna en la residencia o acá en su casa en La Habana con aquella pensión, si el alcohol no hubiera acabado con la voluntad de esta mujer. Cuando regresó, el deterioro fue rápido y triste. La vi en una fiesta de la Sociedad, la última vez. Estaba de nuevo temblando, me dijo que no podía casi caminar y andaba mal vestida. Me contó que ya no tenía ropa, ni le quedaba nada de lo que le habían regalado en Zamora.

Me llamaba con mucha frecuencia y casi siempre me decía cualquier insulto que le venía a su mente. Me reprochaba lo mal que estaba, que no la atendíamos, que no nos preocupábamos por ella. Muchas veces le cambiamos el directivo que la atendía, pues casi todos recibían los mismos insultos por parte de Tania. El alcohol le fue minando el cerebro y no le permitía ya razonar lo que hacía. Cada vez más limitada, más ebria y más desgraciada.

Es triste, pero Tania murió sola como el hijo en el hospital. Nadie nos avisó, nadie la atendió y cuando ya nos enteramos estaba enterrada en una fosa sin nombre. Ni siquiera descansa en el panteón de los zamoranos. Irá al panteón cuando haya que hacer la exhumación. Es el lugar que le corresponde a Tania. Siento placer en haberla conocido y haberla ayudado. Fue una víctima de la guerra, pero más de la vida.

EPÍLOGO

Es menester señalar que, aunque matizada por intervalos considerados de relativa felicidad o bienestar, la vida de mi abuela no puede ser catalogada de plena o satisfactoria. La dura infancia que le tocó vivir, seguida por su divorcio y la muerte de mi padre hicieron de ella una persona extremadamente depre-

siva, inconforme y en ciertos momentos amargada, debatiéndose siempre entre fluctuantes estados de ánimo.

No se puede decir, desgraciadamente, que terminó como en los cuentos de hadas, finalmente feliz o en cierta manera resarcida por el encuentro con sus raíces, pues aunque el volver a España fue un hecho muy favorable para su estado anímico, paulatinamente fue volviendo a sentirse resentida, no pudiendo adaptarse tampoco a la nueva forma de vida que se le ofrecía.

Por ello es que afirmo que mi abuela vivió su vida sin encontrar sosiego en ningún lugar, temerosa de entregarse plenamente al amor de nadie –quizás por miedo de poderlo perder y sentirse cada vez más desgraciada– como tantas veces le había sucedido. Esto es debido, innegablemente, a su desafortunada vivencia de la guerra, la muerte y el exilio, factores que se combinan y son capaces de destruir completa e irreversiblemente el presente y el futuro de las personas, afectando además sus relaciones interpersonales y sumiéndolas en una sensación eterna de soledad y desahucio.

Así acaba la historia de Tania, “la Niña de la Guerra”, como fue conocida en su ciudad natal luego de su retorno. Los medios de prensa reflejaron la noticia y rememoraron la amarga memoria de su vida; en Cuba y Zamora muchas personas no dejaron de rendir el debido homenaje al valor y la simpatía de una anciana que, de niña, supo vivir entre el miedo, las balas, el recuerdo imborrable de su madre asesinada y no obstante, dejar hermosos legados al mundo, en medio de su eterno desconsuelo, como aquella alentadora frase expresada en el 2003, con motivo de la visita de la delegación zamorana a la isla: “Hay que vivir y hay que luchar, porque todos tenemos algo muy grande, que es la esperanza”.

NOTA DE LA AUTORA

Entre la bibliografía pasiva utilizada para la realización de esta trabajo se utilizaron consultas y fragmentos a un material publicado por la revista *Bohemia*, edición del año 1943, así como se han revisado artículos del periódico *La Opinión de Zamora*, referentes a las visitas y la vida de mi abuela.

De manera activa, se realizaron entrevistas a diferentes personas vinculadas, de una forma u otra, a mi abuela, como a la señora María Antonia Fernández Mayo, quien muy amablemente cedió información de vital importancia, así como un extenso testimonio sobre la vida de Tania dentro de la Sociedad; a la prima segunda de mi abuela, Esther, nieta de María Luis García, la tía que la sacó de España junto a su abuela, quien aportó algunos recuerdos sobre la infancia de mi abuela y material fotográfico; y a mi madre, quien ofreció sus recuerdos de su experiencia en la familia.

A todos ellos... Muchísimas gracias.



Portada y foto del artículo publicado por la revista cubana *Bohemia* en el año 1943, donde relataban la historia de mi bisabuela Graceliana Luis Calvo.



Fotografía de Alfonso, uno de los tíos asesinados de mi abuela.



Otro fragmento del artículo de la revista *Bohemia*.



Portada de mi tatarabuela Valentina en otro de los artículos publicados en la revista *Bohemia* en el año 1943.



Entrevista realizada a Valentina en Cuba junto con su hijo Ramón, padre de mi abuela.



María Luis Martín, hija de Valentina, y su esposo.



Pasaporte utilizado por Valentina para salir de España junto con mi abuela.



Valentina con su nieta María Esther, hija de María y su hijo Milton en Cruces.



Única foto de Graceliana y mi abuela existente, conservada por ella hasta su muerte.



Mi abuela Tania durante sus primeros estudios en Cuba.



Tania durante su temporada de estudiante en la Escuela de Comercio de Cienfuegos.



Su matrimonio con Félix Alejandro Pérez Armenteros.



Distintas fotos de Tania a lo largo de su vida.



Su hijo, Alejandro Pérez Luis con su esposa, y sus nietas Sandra y Grettel.



Petición para recobrar la nacionalidad española que había perdido al ser inscrita a su llegada a Cuba como nacida en la isla.



Artículo publicado en *La Opinión de Zamora* en 1997, a raíz del primer viaje de “la niña de la Guerra a Zamora. Al lado de Tania Mari Cruz y su padre, quien fue compañero de juegos en su primera infancia.



Invitación realizada por el Diputado de Cultura y Bienestar Social en el año 2003.